

SEGOVIA

◆ El enfrentamiento actual entre Israel y Hamas trasciende la historia, siempre está presente y es una realidad que a todos alcanza.

Hay que hablar de ello

RAFAEL SEGOVIA

Cualquiera sentirá temblarle la pluma en la mano cuando se acerca la obligación de escribir sobre Israel o el problema judío. Durante 2 mil años se ha tenido el problema enfrente. Libros prodigiosos se han escrito sobre el tema, muchos indignos –de algunos se puede prescindir–, pero es algo que siempre está presente, con momentos donde no es un tema sino una realidad que alcanza a todos.

En algunos casos el problema de la identidad judía se ha tratado de resolver con una serie de afirmaciones, por lo general bastante vagas, que los judíos, o llamados tales, rechazaban. Sartre, por ejemplo, escribía: es judío a quien los demás llaman judío y él dice que sí. Hay afirmaciones por el estilo en todas partes. En cambio, en ciertos casos, nos hallamos con la inteligencia deslumbrante de un Raymond Aron acerca de su propia condición, cuando escribe: antes de la guerra yo me consideraba un francés judío, después, un judío francés. Siempre fue primero un francés gigantesco, capaz de superar todo, incluido lo peor: todo el hervidero del antisemitismo de finales del siglo XIX; unos equívocos centroeuropeos que encontraron una explosión que se confundió con la Segunda Guerra Mundial y sobre todo lo que en Alemania se llamó la solución final o la exterminación total. Desde ese momento nadie se atreve a hablar del sionismo, judaísmo, israelismo, etcétera, sin osar dar explicación porque no podía haberla. Quizá el único estudio digno de ese momento en el siglo XX es el de Hannah Arendt, aunque se fija demasiado en Europa y en uno de sus más terribles derivados: el totalitarismo. Si bien cuanto estudia Hannah Arendt lo analiza con una mesura y unos métodos ejemplares, su trabajo carece de una auténtica dimensión histórica: la asociación del antisemitismo va indisolublemente vinculada con el colonialismo, éste se produjo en territorios casi vacíos, ocupados por pueblos sin una cultura auténtica. Es quizás

el punto donde fracasa su examen. Pero hay una especie de verdad a la que nadie se puede acercar sin tener una constante: después del intento de exterminio practicado por los alemanes no se puede mantener una postura equilibrada, no se puede mirar a los campos de exterminio sin pronunciarse en contra sin dudar. El problema es que del otro lado están otros pueblos. Y nadie quiere saber o decir algo sobre el tema,

ni caer en la *realpolitik*.

El pueblo judío vio una solución a su problema de identidad con la creación de un Estado, idea vagamente existente a lo largo de su existencia hasta finales del siglo XIX, ¿pero dónde? En su lugar de residencia ancestral, Europa, sobre todo la Europa del Este, ni soñarlo, estaba toda ocupada y el antisemitismo hacía avances terribles en los territorios menos ocupados –Siberia, por ejemplo– y en el sur de Asia se encontraban los pueblos dominados por los ingleses, franceses y holandeses y demás restos de expansión europea. Durante la guerra se pensó en “aparcar” a los judíos en Madagascar. Fue una idea descabellada y malévolamente donde los malgaches, los habitantes originales anteriores a la ocupación francesa, no contaron para nada. Desde ese momento las soluciones propuestas no estimaron a las poblaciones originales. El problema judío, el de un Estado judío: toda solución sería defectuosa e Inglaterra sería la principal causante porque en el momento de la disolución de su imperio pretendió actuar como si aún fuera la dueña de esos territorios, que explotaban la mayor parte de Asia y de África. Estados Unidos, reticente en ese momento, la Unión Soviética, favorable, Europa un espectador cargado de culpas, más unas Naciones Unidas ya desunidas encabezaron la creación de un Estado que todavía luchaba por su supervivencia.

La historia de Israel es la historia de una guerra permanente, donde la hipocresía de Estados Unidos está en primer plano. Todas las explicaciones y justificaciones dadas hasta ahora cojean porque siempre hay una parte que va a pagar los platos rotos. Hay una ocupación de hecho de una parte del antiguo imperio turco, después inglés, otra vez francés, y así nos podemos ir hasta las cruzadas que no pueden ser explicadas por una colección de hombres más o menos sabios, capaces de escribir tratados, ensayos, manifiestos y otros documentos donde se alegan los derechos de los palestinos, los hebreos, los turcos, y así se puede seguir hasta Godofredo de Bouillon alegando derechos divinos, prehistóricos e históricos, además de modernos, sobre la propiedad de tal o cual ciudad o incluso pueblo. ¿De quién es Jerusalén?

No hay pues derechos de nadie. Los israelíes tienen derecho a tener un Estado y los árabes –en este caso palestinos– tienen derecho a la vida. Diga cuanto quiera el ministro de Defensa de Israel, la muerte de niños, mujeres y ancianos no puede ponerse en la

Continúa en siguiente hoja



Fecha 09.01.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

cuenta de unos tiros de los guerrilleros de Hamás: no se puede aunque esta organización niegue la existencia al Estado de Israel. El cinismo de la señora ministra de RR II de Israel no se justifica y el costo de sus palabras puede caerle encima el día menos pensado. Darle a esto una solución mexicana: todo se olvida, es un error craso. Sus conciudadanos están pagando un recuerdo de más de 20 siglos y aunque la mayor parte de los mahometanos son una masa pasiva, esa masa es de más de mil millones.

Israel sabe el peligro auténtico que se cierne sobre él: la mayoría de la población mundial judía, aunque siente una simpatía inconfundible por ese Estado y ese pueblo, tiene al mismo tiempo que responder a las exigencias de las diferentes naciones en las que habita. Después de la barbarie de la Segunda Guerra no quedó más remedio que responder a la doble identidad judía en las nuevas patrias que adoptó, al país huésped que las ha hecho siempre un grupo aparte.